

guir a las personas» (p. 348). En este punto, la posición de Santo Tomás parece más sensata. La procedencia es clave para hablar de la distinción de las Personas.

Lucas F. Mateo-Seco

Rino FISICHELLA, *La fede come risposta di senso. Abbandonarsi al mistero*, Ed. Paoline («Diaconia alla verità», 2), Milano 2005, 175 pp., 12 x 21, ISBN 88-315-2795-9.

Un análisis superficial de la situación de la fe cristiana en Europa podría llevar ciertamente hacia dos posiciones encontradas: a un sentimiento pesimista, fruto de una visión demasiado «objetiva» del contexto cultural y social; o a un idealismo ingenuo e inoperante, consecuencia de un convencimiento de que las cosas cambiarán por sí solas con el solo discurrir del tiempo. Muy lejos del conformismo al que, por distintos caminos, llevan estos dos extremos, Mons. Fisichella adopta en este ensayo sobre la fe un punto de vista realista y esperanzado: «No somos de aquellos que sostienen que la fe haya abandonado nuestra tierra y se haya trasladado a otro lugar» (p. 9). El suyo es un «sano» realismo propio de quien, sin cerrar los ojos a los obstáculos que ensombrecen el sentido religioso en nuestros días, piensa «que la fe no está en crisis» (p. 10), aunque las circunstancias actuales ciertamente invitan al teólogo a la reflexión, para indagar posibles vías de solución.

El objetivo del autor es presentar algunos de los rasgos esenciales de la fe creyente que puedan dar respuesta a la única y verdadera cuestión que importa: «¿Es posible creer hoy?» (p. 13). A lo largo de cinco capítulos, el Rector de la Pontificia Universidad Lateranense de Roma ofrece unas reflexiones serenas y

profundas —bien documentadas, aunque sin pretender agotar cada cuestión— sobre la cuestión del sentido (Capítulo I: *La domanda di senso*), la relación entre fe y amor (Capítulo II: *La fede viene dall'amore*), la riqueza teológica de la fe en la Biblia (Capítulo III: *Abbandonarsi al mistero*), la fe como gracia y como conocimiento (Capítulo IV: *So in chi ho creduto*) y su importante aspecto eclesial y comunitario (Capítulo V: *La fede trasmessa*).

Entre todos ellos destaca la presentación de la fe como respuesta de sentido, que es precisamente el tema que da el título al libro. Para Fisichella, lejos de ser un argumento casi exclusivo de algunos pocos amantes de la especulación filosófica, el problema del sentido constituye un empeño y una obligación de los que nadie puede sustraerse, porque en él se pone en juego la entera existencia personal. La pregunta por el sentido de la vida aparece como una cuestión necesaria y universal, que implica una llamada personal, ineludible. Muchas son las circunstancias que pueden dificultar esta respuesta al hombre contemporáneo: un *relativismo*, incompatible con una sola verdad; un *subjetivismo*, que separa de los otros y aísla del mundo; la presencia incesante de una *razón tecnológica* que sólo busca la eficacia y margina lo sobrenatural... Sin embargo, desde la fe y el amor es posible colmar acertadamente los anhelos escondidos en la pregunta por el sentido. Así las cosas, la fe se presenta como una respuesta plena y total a Cristo, nacida en el amor y dirigida al amor, y no como un vago sentimiento al que uno se aferra en el momento de la necesidad, o un mero recurso para la autorrealización personal.

Para Fisichella la fe no posee una configuración geográfica, sino personal.

Por eso, estará siempre viva donde existan personas que crean y den testimonio. Ésta es una razón más para mantener viva la esperanza, aun en tiempos aparentemente oscuros: «El cristianismo no morirá de vejez, porque lo que profesa es cuanto el hombre percibe como el sentido último y definitivo de su vida, más allá del cual no puede ir» (p. 167).

Juan Alonso

Bruno FORTE, *En el umbral de la Belleza. Por una estética teológica*, Edicep («Diakonia Fidei», 9), Valencia 2004, 171 pp., 15 x 20, ISBN 84-7050-792-3.

En este libro, el conocido teólogo italiano y miembro de la Comisión Teológica Internacional, recoge su propuesta para una estética teológica, en la que se unan tanto lo griego como lo cristiano, en la apreciación de esta dimensión tan presente e importante en nuestros días. «Aquí el alma griega se encuentra con la novedad cristiana. Aquí el cristianismo asume y traiciona a Atenas, porque —mientras aspira a reconocer el Todo en el fragmento— confiesa que el acontecimiento de la belleza se ha cumplido de una vez para siempre en el jardín, fuera de Jerusalén. Sobre la roca del Calvario está la cruz de la belleza: el Verbo se manifiesta en este mundo por medio de la *kénosis*» (p. 7). Belleza griega y belleza de Cristo se han de encontrar conciliadas en una estética cristiana, tal como propone el autor.

Para acometer esta indagación, Forte realiza en primer lugar un recorrido histórico: Agustín y Tomás de Aquino, Kierkegaard y Dostoievski, Balthasar y Endokimov. En Agustín, recuerda el principio platónico de la unión de la belleza con el amor, mientras que en el Aquinate quiere ver la belleza como «amor crucificado» (cfr. pp. 10 y 41).

Amor y belleza conciliados en Cristo con el dolor y la muerte. En Kierkegaard descubre de un modo netamente existencialista la belleza como angustia y desesperación, mientras Dostoievski ofrece la clave trágica y ambigua de la belleza: esta puede ser —por un lado— para el bien y para el mal, en función de nuestra libertad; además la belleza morirá en Cristo, pero también en él resucitará (cfr. pp. 59 y 68). En Balthasar, el profesor napolitano recuerda el mencionado principio de «el Todo en el fragmento» en su sentido más fuertemente cristológico, que se hace presente tanto en la encarnación como en la muerte y en la resurrección. Por último, Endokimov nos ofrece una teología del icono: este es una ventana abierta al misterio divino, en el que se unen Tabor y Calvario, belleza transfigurada y belleza crucificada (cfr. pp. 71, 83-84, 85 y 93-94). Por tanto, se ve que en todos estos autores se presenta una belleza cristiana, cuando no cristológica.

Acaba este volumen con unos sugerentes acercamientos desde la teología a la música, al cine, a la poesía y a la misma muerte. Sobre la música, recuerda su primacía en la evocación espiritual: «Quizá por eso la música sagrada, más que cualquier otra, suscita juntamente sentimientos de paz y nostalgia, de júbilo y melancolía; y quizá por eso permanece y permanecerá siempre como una lengua incompleta, un decir que transciende hacia lo no dicho, un sonido que tiende a evocar el Silencio» (p. 126). En el cine, por el contrario, aprecia Forte un intermediario entre narración y simbolismo, un vehículo que —por medio de la analogía— nos lleva hasta la misma transcendencia (cfr. pp. 135 y 140). En fin, cuando habla de la muerte y la belleza, concluye con las siguientes palabras: «La última Belleza no será tan sólo la muerte, sino la resurrección de la